

El futuro de la educación en Cuba

Por MANUEL MARRERO

No me siento preparado para avizorar la historia; ni siquiera mi propia historia. Me han pedido – supongo que por colaborar sistemáticamente con esta publicación y también por el artículo de mi autoría que recientemente se publicó sobre el tema de la Educación (*Reunión de padres o un secreto develado*, Año 3, No. 1/2007, página 29)–, que opine sobre el futuro de la educación en Cuba.

Es un tema difícil porque, como cristianos, estamos desautorizados a mirar la historia con una visión negativa, catastrófica; también porque a la hora de definir la educación, desde el término mismo, me cuesta mucho saber dónde poner el énfasis, si en la educación como *sistema* (lo que implicaría hablar de los programas de estudio, de la organización escolar, de los proyectos educativos, etc.) o de la educación como *cultura*, formación y aprendizaje.

Las cosas se complican cuando veo el noticiero estelar de la televisión y me pregunto ¿a cuál educación he de referirme, a la que viven mis hijas, mis nietas, los hijos de mis vecinos, o a la otra que me presentan en los medios? (No es la misma, les aseguro que hay diferencias). Aún así me aventuro – porque al fin y al cabo me han pedido “una opinión” y eso me da la posibilidad de hablar en primera persona, desde mi experiencia y desde mi propia historia– a opinar sobre el caso. Intentaré hacerlo, preguntándome y respondiéndome sobre algunas cuestiones que creo medulares en este tema. Otras muchas tendrán que aguardar en el tintero.

Mi premisa

Lo que pasará mañana no lo sé –y sería bueno entender ese “mañana” en términos de un tiempo no tan largo, que pueda extenderse a un par de años o quizás, a lo sumo, a una década– pero sí puedo atreverme a decir, desde el hoy en que vivo, lo que veo venir, lo que me sugieren *los pasos que escucho*, lo que pasará (casi seguro) si seguimos por este camino que hoy andamos.

Las escuelas

No sé si habrá escuelas mañana; las de mi barrio –la mayoría de las cuales datan de la primera mitad del siglo pasado, viejas casonas que frecuenté como estudiante hace 40 años, y otras construidas o remodeladas para tal uso, en los últimos 30– están prácticamente en ruinas. Algunas han recibido, en los últimos años, un poco de pintura y algunas otras acciones constructivas que no apuntan a su verdadera recuperación, sino más bien a disminuir sus problemas.

Son escuelas, casi todas, de paredes desconchadas, con un amasijo de cables colgando por el techo, un bombillo que cuelga al centro de cada aula moviéndose al compás del viento, con una pizarra descascarada y caída de una esquina, con ventanas y puertas que no cierran bien y que no puedes forzar porque están desprendidas en sus asientos; escaleras con escalones que se saltan y sin pasamanos; tuberías de agua que se salen a chorro y con baños clausurados porque no descargan.



Foto: Devvís Burgos

En muchas de estas escuelas, ante el crecimiento poblacional de los últimos años, se han tenido que añadir tabiques en las aulas más grandes o habilitar el espacio del comedor o la dirección para dar clases, lo que implica muchas veces un verdadero hacinamiento, falta de mesas y de sillas y una bulla permanente que molesta a los unos con el sonido de los otros. Muchas de estas escuelas cuando llueve se inundan y caen goteras por los cuatro costados.

Queremos que nuestros hijos aprendan en las escuelas, no que pierdan el tiempo; que sean bien tratados, que algunos maestros no les vendan cosas, que les enseñen a ser honrados ciudadanos de una Cuba que les necesita para salir adelante.

Los padres, la mayoría de las veces, deben comprar el bombillo del aula, el ventilador para que los niños no desfallezcan de calor, y útiles de limpieza y pintura para tratar que el aula luzca lo menos fea posible.

No sé que pasará con los inmuebles de las escuelas del mañana, pero al menos yo, no veo cambios. Quizás se aplique la vieja técnica que se ha empleado en otras zonas de mi ciudad, de dejar que se caigan las cosas por su propio peso para después tratar de recuperarlas, en un gesto social altruista, que provoque el halago de la población.

Los maestros

Por suerte, maestros siempre habrá; unos buenos, otros regulares y otros peores, pero habrá. Creo que aquí también podemos hablar de *peligros de derrumbe*.

Al menos yo nunca he visto con malos ojos los esfuerzos que durante años se hicieron buscando nuevos maestros. Recuerdo, en mis años de Secundaria, la creación de aquellos Contingentes Pedagógicos que integraron muchos de mis compañeros –casi todos militantes de la UJC–, la mayoría de los cuales estuvieron (y otros aún están) vinculados a la educación durante años. A estas primeras experiencias de maestros, cuyo destino principal eran las ESBEC, IPUEC e IPVCE (¡qué siglas!) que se venían creando a lo largo del país, se siguieron otras y muchas más que llegan hasta nuestros días. ¿Dónde están ahora todos estos miles y miles de maestros formados en los últimos 40 años? Muchos de ellos no quieren ver *ni en pintura* un aula; otros nunca tuvieron dedicación, paciencia, ni deseos de enseñar; la sociedad los contó (numéricamente) pero no contó (vocación) con ellos. Muchos dejaron las aulas, además, porque el dinero que recibe un maestro (aquí todos estamos en las mismas) no alcanza para nada. ¿Qué están haciendo muchos maestros ahora en nuestras escuelas? Como decimos los cubanos: “dándole la patá a la lata”, pero por desgracia, muchas veces, “la lata” son sus alumnos, nuestros hijos.

Baste la reunión de un grupo de padres y abuelos en las afueras de una escuela (o en el barbero, igual da) para escuchar los cuentos de que “en la escuela de mi nieta la maestra le quita un pedazo de merienda a cada niño” y “en la de mi hijo los maestros venden *chupa-chupa*, cremitas de leche, maní y hasta pizzas de cinco pesos” y “cuando tienen que salir o la maestra se quiere arreglar las uñas (con la secretaria que es quien arregla las uñas en la escuela) manda a los niños a bajar la cabeza y recostarse en la mesa” o que “en la escuela de mi hija la maestra presentó certificado, porque está buscando irse de educación, y hace más de una semana están sin maestros”.

No, en Cuba nadie quiere que sus hijos vayan a un aula a recibir tratos de este tipo e incluso peores, ni a perder la ilusión que siempre significa para alguien el poder aprender. No, la escuela del mañana, no queremos que sea así, como es la de hoy. A nosotros nos toca decirlo en voz alta (lo más alto que podamos) y ojala las personas que tienen en sus manos la verdadera solución de estos problemas puedan hacer algo por cambiar esta realidad. Queremos que nuestros hijos aprendan en las escuelas, no que pierdan el tiempo; que sean bien tratados, que algunos maestros no les vendan cosas, que les enseñen a ser honrados ciudadanos de una Cuba que les necesita para salir adelante.

Por suerte, no todo es gris y sería yo muy miserable si olvidara que a la par de estos, gracias a Dios, hay otros (no tantos como se necesitan) que sí son maestros, que su función educadora y su esfuerzo diario, pese a la mediocridad de tantos, sigue siendo encomiable.

Aprender

¿Qué aprenderán nuestros hijos y los hijos de los nuestros, mañana? En parte, lo que les enseñemos en casa (en la familia); lo que contemplen los programas de estudio según las distintas enseñanzas; y lo que vean, escuchen e imiten de sus maestros.

Lo sabemos por experiencia y por los conocimientos que nos aportan las ciencias pedagógicas y la psicología, cuando hablan de la importancia que tiene en el proceso de enseñanza y aprendizaje -en cualquier nivel pero sobre todo a inicios de la vida- la persona del maestro. Para la Cuba de ahora y de mañana queremos maestros que gusten de serlo, que se sientan identificados con lo que son.



Foto: ManRoVal

Hace poco, escuché a un joven decirle a otro: “no digas eso, tú eres maestro”, a lo cual el otro respondió “yo soy maestro en el aula, aquí, en la calle, soy uno más” (¡qué barbaridad!).

Epílogo

No hay salidas mágicas para realidades tan complejas. Veo que la solución a estos problemas se retarda, se complica y pudiera llegar a escaparse de las manos. Ojalá, mañana, buscando en el librero, nos encontremos con este número de *Espacio Laical* y nos sonriamos pensando que todo esto pertenece al pasado.